UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES - FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
BIBLIOTECA

Capítulo 3

Consideraciones a propósito de las ideas del diario *La Nación*

Ricardo Sidicaro

En el punto de partida intelectual de mi investigación sobre las ideas políticas del diario *La Nación* me encontré con una sorpresa. Finalizada en 1977 mi tesis de doctorado en Francia sobre la primera década de experiencias de poder del peronismo, y a modo de vistosa y secundaria referencia sobre el golpe de estado del '55 busqué el comentario editorial jubiloso al respecto, se me ocurría, debió formular entonces *La Nación*. En lugar del festejo encontré una reflexión editorial mesurada y para nada antiperonista. Leí entonces las ideas expresadas en esos editoriales durante los últimos meses del peronismo y hallé que el diario defendía la política de Perón y de su gobierno. A la luz de mi ignorancia al respecto comencé a intuir que allí existía un tema atractivo. Años más tarde, en 1982, preparé en la Universidad de California un proyecto de investigación sobre la inestabilidad política en la Argentina, buscando la relación entre intervenciones militares, intereses de los principales sectores socioeconómicos y las ideas que legitimaban las iniciativas castrenses y para este último tema me proponía indagar sobre el pensamiento que imaginaba golpista de los diarios *La Nación* y *La Prensa*. Como estaba más convencido, por investigaciones previas y lecturas, del apoyo de, o de la convergencia entre, militares y corporaciones empresarias que sobre el rol de esos dos matutinos tradicionales, y la experiencia de mi error sobre el '55 y *La Nación* me invitaban a la cautela, antes de completar el proyecto leí las ideas editoriales del diario fundado por Mitre en los períodos previos a los golpes y allí encontré una complejidad que me mostró definitivamente la falsedad de mis

prenociones acerca del pensamiento político del diario. En 1987 me propusieron en el CISEA[1] hacer una investigación, que yo imaginé relativamente breve, sobre las ideas de *La Nación*, en un contexto global en el que todo parecía orientar el trabajo hacia un protagonismo coherente y compacto de los desempeños del diario junto con los sectores económica y políticamente dominantes de la sociedad argentina en la época que se inició en 1955. Una vez iniciada la investigación me resultó muchísimo más interesante indagar sobre un período bastante más prolongado y hacer de los editoriales del diario *La Nación* un relator privilegiado de la política argentina entre el Centenario y nuestros días. Lejos de cualquier forma de linealidad en esa columna de reflexión política había una exposición, día por día, del drama, la frustración, la crisis, la declinación, los sueños, los proyectos, de una parte de los sectores político intelectuales que se consideraban con derecho a hablar sobre qué pasaba y qué debía pasar en nuestra vida política. El pensamiento liberal conservador, fue así como lo caractericé, no tuvo expresión más continuada en el tiempo que la que se escribió en esa columna. *La Prensa*, con un estilo más combativo, conoció el rigor de la clausura impuesta por el peronismo, fue expropiado y le costó luego abandonar una óptica cargada del enojo dejado por sus propias peripecias. *La Nación* se me presentó, para decirlo un tanto metafóricamente, como uno de los cerebros en los que se podía ver el pensamiento cotidiano de una parte de los sectores tradicionales argentinos. Allí estaban las trazas de los primeros impactos de los acontecimientos políticos que festejaba, condenaba u observaba neutralmente. A diferencia de un libro, en el que su autor escribe tiempo después, más alejado de la conmoción inicial, los editoriales se redactan en el calor de las coyunturas. Un autor de un libro recibe comentarios pasado un cierto tiempo. Un editorial de un diario tradicional repercute al día siguiente, de él se habla o con él se dialoga. Son ideas en movimiento en las que es dable reconocer la inmediata voluntad política de quien se hace responsable de ellas.

¿Cómo abordé ese *corpus* tan particular publicado durante 80 años constituido por alrededor de 80.000 editoriales? Partí de la opción de considerarlos como un tratado de teoría política. Me

[1] Centro de Investigaciones sobre el Estado y la Administración.

interesé por el aspecto sustantivo de sus posiciones y dejé de lado la retórica. Reconstruí las tramas argumentales básicas en que se expresaban las ideas políticas del diario a partir de preguntas sobre tres órdenes distintos de problemas conectados estrechamente entre sí: el papel del Estado y sus relaciones con la sociedad; las características de los diferentes sectores sociales que se relacionan en la sociedad; y la conformación del sistema de representación política y la legitimidad de los actores que en él intervienen. Estas preguntas orientaron los ejes fundamentales en la búsqueda de la organización del pensamiento político del diario en su expresión editorial. Aclaro que considero que podrían tomarse otros abordajes y sus correspondientes *corpus*: los títulos y la puesta en página de las noticias, las fotos, el estilo expositivo, las notas sociales o, porqué no, las recetas de cocina, pero a mí me interesó la columna editorial puesto que quería analizar la reflexión del diario sobre el proceso político argentino y para eso necesitaba un *corpus* duro. No niego que podrían ser pertinentes las indagaciones de los temas muy sumariamente citados, siempre y cuando no se caiga en el absurdo de analizar las recetas de cocina de *La Nación* y llegar a la conclusión de que se trata de una "gastronomía de clase", ejercicio escolar entretenido del que no imagino la relevancia. No cabe duda que son superficiales y arbitrarios muchos estudios que se realizan sobre los medios de prensa cuando el soporte empírico que se selecciona no se halla debidamente sistematizado y controlado. Suelo llamar "inducción poética" a esos peculiares estudios de la prensa que saltan de los títulos a los "*comics*", del "*feuilleton*" a las necrológicas, de las páginas literarias a los "*hechos diversos*". Esas estrategias de análisis carentes de control metodológico y de vigilancia epistemológica se colocan frente a los textos y los hacen decir lo que el "analista" quiere escuchar. En el extremo de ese peculiar tipo de abordaje se encuentran las atribuciones de sentido más arbitrarias y descontextualizadas que proponen muy imaginativas hipótesis sobre los procesos de recepción, tan imaginativas como imposibles de someter a prueba.

De los 80.000 editoriales había alrededor de un 10 por ciento que se referían a los temas en torno a los cuales había construido las preguntas de mi investigación. En la medida que cada una de las preguntas y de las diferentes dimensiones que ellas suponían remitían a las restantes, los recortes analíticos fueron en algunos casos complicados. El diario editorializa combinando perspectivas

explicativas y normativas, pasando con facilidad de unas a otras. Me interesaban ambas pero en especial las primeras, puesto que en su pretensión de neutralidad y objetividad era donde colocaba y coloca el mayor esfuerzo intelectual. La columna invita a razonar desde lo que considera la lógica y el buen sentido y trata de "mirar a todos los actores desde arriba" sin confundirse con ellos. En consecuencia, más atractivo que reconstruir las perspectivas ideológicas aconsejadas por los editoriales, me resultó interesante plantear y hacer inteligible el modo de razonamiento y de análisis de los problemas, tratando, en la medida de lo posible, de captar las argumentaciones que tenían pretensiones de objetividad en su propia especificidad. Podría decirse que la "tribuna de doctrina" cedió su lugar en múltiples coyunturas al "puesto de combate", pero que aun así, en los momentos más densos de la situación política no dejó de preocuparse por tratar de combinar su óptica ideológica propia con argumentaciones fundadas en lo que creía eran los datos objetivos y la correcta manera de elaborarlos revelando la pretensión, como diría Weber, de que hasta un chino pudiese entender, quizás sin compartir, el fundamento de aquello sobre lo que exponía.

Cuando se trabaja con un *corpus* tan abundante y abierto como el que elegí se corre el riesgo de hacer un homenaje a la inteligencia de quienes lo escribieron o bien poner el foco arbitrariamente sobre determinados puntos y tergiversar el sentido del pensamiento estudiado. La primera opción fue frecuente en estudios de revistas que parecieron invitar a los analistas a perder distancia con el tema y festejar la sagacidad y la corrección de los pensamientos en ellas expuestos. De la segunda alternativa suelo dar como ejemplo de verdadera mala fe intelectual a un libro panfletario que se escribió a propósito del centenario de *La Prensa*, editado por el Sindicato de Luz y Fuerza, en 1970, y que recorta cuanta frase "reaccionaria" y "prooligárquica" el autor encontró en los textos. Sin que la intención sea tan ideológica, la imagen que muchos tenemos del pasado de los diarios tradicionales está nutrida, en buena medida, por las referencias, a veces acompañadas con citas textuales, de las tomas de posición de esos medios de prensa frente a algunos acontecimientos importantes. Es común, por ejemplo, en estudios sobre la Semana Trágica o la masacre de la Patagonia de comienzos de los años '20, citar la opinión favorable de esos diarios a la acción represiva, escrita en el momento de los hechos. Otro modo disponible de acceder al pensamiento de los diarios tradicionales sobre el pasado surge de las historias institucionales y celebratorias que ellos mismos publican en algunos aniversarios importantes. Digamos que nuestras prenociones sobre el tema se alimentan también de un prejuicio gracioso que supone que es posible saber o tener una casi plena certeza de lo que debió pensar uno de esos diarios sobre el pasado proyectando hacia esas épocas las posiciones que tiene en la actualidad o que expresó en períodos recientes.

Consciente de esos riesgos, cuando trabajé sobre *La Nación* me previne para evitar los sesgos que sin quererlo podía introducir en mi investigación. El pensamiento del diario revela un singular esfuerzo de coherencia y si se trataba de pensar su evolución desde una perspectiva que no ignorara los enfrentamientos de las distintas épocas, en la manera y claves en que estos ocurrían, me pareció importante remitir a cómo *La Nación* era vista por otros actores con los que interactuaba. Así busqué las caracterizaciones que del diario hacían otros diarios, algunos personajes políticos de las diferentes épocas, los gobiernos y los partidos. De esa manera reconstruí, en la medida de lo posible, el vivencial campo de relaciones en el que el diario participaba. Tarea difícil en algunos casos y más fácil en otros. El diario *La Epoca*, de los radicales en tiempos de Yrigoyen o *Democracia*, durante los gobiernos de Perón 46-55, se dedicaban con frecuencia a criticar a *La Nación*. Así, cuando *La Nación* hablaba del gobierno radical me remitía a los periódicos radicales de la época y si lo hacía del peronismo buscaba diarios peronistas; de este modo observaba cómo los otros actores veían la evolución de *La Nación* y en qué términos establecían con ella un diálogo. Los periódicos del nacionalismo de derecha hacían, también, del diario fundado por Mitre uno de sus blancos preferidos. El enemigo principal que tuvo *La Nación* en el campo periodístico, y político, fue siempre el nacionalismo de derecha; me resultó muy fácil encontrar allí referencias en contra de *La Nación* en cualquier momento del período histórico analizado. Ellos, a mi juicio, siempre sobreponderaron el rol ideológico de *La Nación*. En este dominio la investigación no podía ser sistemática, pero al igual de lo que sucedía con la opinión de los partidos o de los gobernantes respecto al diario se podía reconstruir la mirada de los otros, lo que se llamaría "el debate en el campo periodístico". Desde esos otros actores podía descubrir el minucioso entramado que constituía el modo en que era vista *La Nación* en cada momento. El

campo periodístico me podía dar características de la época que me permitían introducir referencias importantes sobre *La Nación*, y me podía contar historias sobre ella —no sé si verdaderas o falsas—, que me interesaban en términos de lucha ideológica librada como un sistema de caracterizaciones múltiples en las cuales *La Nación* es permanentemente caracterizada por otros actores. Como el pensamiento de *La Nación*, además, está reproducido por múltiples órganos de prensa, o por múltiples intelectuales o por múltiples partidos políticos, yo no podría medir la importancia —ni me interesaba— del mensaje de *La Nación*. Lo que sí me interesaba era ver cómo ese mensaje se iba transformando, y en todo caso, podía repercutir sobre otros órganos de prensa o sobre discursos de intelectuales o políticos de la época, atribuyéndole al diario la responsabilidad de determinadas medidas. Tomemos un ejemplo que creo está entre los más interesantes: en el año 1916 cuando Hipólito Yrigoyen ganó las elecciones no tenía Colegio Electoral propio para acceder a la presidencia y se discutió mucho si dársela o no, porque era relativamente simple hacer una coalición de electores en su contra. El diario *La Nación* sacó un editorial que era asombrosamente claro diciendo que había que darle el gobierno a Yrigoyen porque no se podía dar a los radicales la razón de una nueva revolución. Sostenía que los radicales en el gobierno iban a demostrar su incapacidad, pero no había que impedir que asumieran porque la sociedad lo iba a vivir como una situación fraudulenta. Federico Pinedo, 20 años después, en *Tiempos de la República* (1946) dice que sin ese editorial de *La Nación* el conservadurismo no hubiese aceptado nunca la presidencia de Yrigoyen. Lo interesante para nuestro ejercicio es visualizar en un pensador de primera línea del conservadurismo la importancia que podía tener *La Nación*.

Esta estrategia de búsqueda de interlocutores críticos de época revelaba aspectos de la evolución del matutino que completaban el análisis de su pensamiento. En sentido estricto, las ideas del diario no se pueden en muchos casos entender sin analizar la evolución en un período prolongado, razón por la cual las citas que son habituales en estudios sobre acontecimientos precisos, repitamos el ejemplo de la Semana Trágica, carecen totalmente de sentido en la medida que se encuentran descontextualizadas. Por eso el trabajo de investigación suponía una paciente labor de lectura de una problemática y no de opiniones sobre hechos

puntuales. Con ese tipo de abordaje se puede captar cómo poco a poco el diario elaboraba sus posiciones y captar el significado de muchas de sus ideas incomprensibles cuando se las aísla de ese proceso global de reflexión. Para abordar mi objeto de investigación no cabía realizar muestreos sobre el amplísimo universo del *corpus* total de editoriales, dado que ciertas coyunturas densas en el pensamiento del diario sólo podían captarse mediante una lectura minuciosa de cada uno de los editoriales publicados. Quizás uno de los ejemplos más ilustrativos al respecto resulte de lo que ocurrió con el editorial en el que se analizaba el intento de golpe de estado del general Menéndez, en 1951, contra Perón. En ese editorial se capta con singular claridad la inflexión que hace el pensamiento del diario en su proceso de reconsideración positiva del peronismo. Al reflexionar sobre el vencido movimiento militar *La Nación* lo condenaba y sostenía de un modo como nunca lo había hecho hasta entonces, que el de Perón era un gobierno democrático. La lectura de libros de la época, de testimonios de personas que colaboraban con el diario y entrevistas con algunos viejos periodistas o directivos de ese período o de personas que al menos conocían la historia del diario desde adentro, me sirvió para comprender la importancia de algo que, en principio, era sólo significativo e incorporable como dato "duro" en mi investigación, en tanto estaba escrito en un editorial. Supe así que ese texto de 1951 produjo una crisis interna, puesto que Alfonso de Laferrere, responsable de la sección editorial renunció al diario en desacuerdo con la posición adoptada frente al fallido golpe y el notorio paso en acercamiento al gobierno dado por *La Nación* con su nueva caracterización del régimen peronista hasta ese momento criticado por antidemocrático. Obviamente, nada de esto se registra en los números aniversario en los que el diario cuenta periódicamente su historia. El paso del matutino al apoyo al peronismo que cubre todo el período comprendido entre el comienzo de la segunda presidencia de Perón y el golpe del '55 fue tema, diría, olvidado por prácticamente todos los participantes del juego político postperonista.

En la medida que el centro de mi interés residía en estudiar la evolución del pensamiento político de *La Nación* debí preguntarme también sobre lo que ocurría con la empresa editora. No cabía perder de vista que en tanto empresa con fines de lucro las amenazas de clausura por parte de los gobiernos y la oportunidad de negocios que podía ofrecerles el Estado eran factores que,

quizás, incidían en sus ideas. Sin formular una hipótesis muy estructurada al respecto, la relación costo-beneficios de la política editorial estuvo presente en mi indagación. La dificultad mayor en este aspecto se encontraba en el hecho que las amenazas o riesgos de sanción al diario no necesariamente son públicas y, por lo tanto, no poseía acceso a información empírica sobre el tema. Con afirmaciones más firmes en algunos casos —el peronismo clausuró muchos diarios, el "proceso" usó métodos violentos contra directivos de diarios y revistas— y menos en otros, el horizonte de la censura y las amenazas estuvo presente en algunas de las explicaciones que propuse sobre la evolución de las ideas de *La Nación*, aun cuando no podía, en sentido estricto, salir del plano de la conjetura. ¿Fue *La Nación* favorable al peronismo entre 1952 y 1955 por las amenazas de clausura, suerte que corrió *La Prensa*?; ¿lo fue en razón del giro al liberalismo de la política económica gubernamental?; en todo caso, interés empresario y situación global me servían para pensar el cambio de orientación editorial. Igualmente ilustrativo resulta lo ocurrido durante el "proceso". *La Nación* fue más complaciente con los sistemáticos atropellos al derecho realizados durante el régimen militar. Mientras *La Prensa* criticaba a la dictadura en su página editorial y con artículos de colaboradores totalmente identificados con el diario, la línea editorial de *La Nación* fue sensiblemente más moderada. Es decir, en el mismo contexto de amenaza a la libertad de prensa y de empresa hubo una clara diferencia en las posiciones de los dos diarios tradicionales de Buenos Aires. En la comparación se podía neutralizar la eventual gravitación de la acción restrictiva del gobierno militar y de ese modo considerar como una opción ideológica de moderación de *La Nación* frente a la política de la dictadura. Aquí necesité vincular el pensamiento del diario con datos de la situación que me permitían ubicar mejor sus ideas.

Uno de los problemas que necesariamente tuve que plantearme en mi investigación fue el de la proyección teórico-filosófica del pensamiento político de *La Nación*. ¿Había en esa dimensión una unidad en sus ideas? En realidad los editoriales son el fruto de múltiples plumas, es decir, en esa columna participaron hombres que se inscribían en orientaciones teóricas y filosóficas muy distintas y hasta enfrentadas entre sí. Lo que el diario hacía era solicitarles que escribieran sobre un tema de su especialidad y ese aporte podía dejar traslucir más o menos claramente, según los

casos, las posiciones filosóficas de su autor, que eran diferentes a la de otro autor especialista en otro dominio, que escribía, también sin firmar, ese mismo día otra contribución en la misma página editorial y todas esas ideas eran asumidas como pensamiento propio por el diario, responsable institucional de esa columna. Lo que sin duda había era coherencia política y si bien podían buscarse las contradicciones subyacentes en los fundamentos teóricos más profundos de algunas de esas contribuciones de los anónimos especialistas que convergían en ese intelectual colectivo, conformado por la dirección editorial del diario, no me pareció interesante abordar ese tema.

Para resolver conceptualmente esa tan particular construcción ideológica, que caracterizaba como el pensamiento político de *La Nación*, que surgía de las plumas independientes de individuos cuyas ideas sobre múltiples aspectos divergían pero que eran solicitados a colaborar en la común empresa editorial, comencé pensando con metáforas: una orquesta en la que cada instrumento entre y se articule con los otros produciendo un efecto de conjunto, que va más allá de cada una de las participaciones individuales. Sin embargo, el problema era más complejo que el de una orquesta. Señalemos, a modo de ejemplo, que Leopoldo Lugones escribió editoriales reclamando el apoyo del Estado al desarrollo industrial en la década del '20 o que José Luis Romero redactó editoriales favorables a la descolonización del emergente Tercer Mundo entre 1954 y 1955. Pero, por eso, evocar ambos casos resulta interesante, la línea editorial de *La Nación* no coincidía ni con el profascismo de Lugones ni tampoco, con el prosocialismo de Romero. La metáfora de la orquesta se hizo débil muy rápidamente, la orquesta suponía una partitura y más elementos en común. Lo atractivo de esa particular empírea que eran los editoriales del diario provenía, justamente, del hecho de que se trataba del pensamiento de *La Nación* en la medida que esa columna unificaba objetivamente los aportes de los autores inspirados en teorías disímiles, y hasta opuestas, construyendo un singular intelectual colectivo que, al fusionar en principio ideas presentadas como yuxtapuestas, generaba por los efectos de contigüidad, una estructura ideológica diferente a la de cada uno de los fragmentos que articulaba.

La pregunta sobre la vinculación entre la evolución del pensamiento editorial de *La Nación* y las perspectivas, estrategias, interés y situación en las relaciones sociales de los sectores

sociopolíticos con los cuales el diario tenía mayor afinidad supuso uno de los problemas más difíciles de abordar por la investigación. Rechazada la simplificación que reduce las ideas a la representación de intereses, quedaban abiertos más interrogantes que respuestas. El pensamiento del diario me ofreció una vía para establecer el nexo con determinados sectores sociales en la medida que en sus exposiciones editoriales retomaba demandas, iniciativas y reclamos de los mismos, expresados usualmente por sus organizaciones corporativas. En ciertos momentos manifestó solidaridad en sus editoriales con determinadas coaliciones o partidos políticos. En términos generales, puede afirmarse que en las ideas de *La Nación* hubo permanentemente un intento de acercar posiciones que no necesariamente se hallaban próximas en la práctica política o corporativa. Con su vocación pedagógica les explicó a muchos actores que sus intereses podían converger, o que tuvieran en cuenta la variable X, o que analizaran problemas que no incluían en sus consideraciones más coyunturales. En ese sentido, mantuvo en muchos períodos una distancia profesional con los distintos intereses sectoriales, tratando de "mirarlos desde arriba". Así, su afinidad con el "arriba social", es decir con los sectores que ocupaban posiciones predominantes en la distribución del prestigio y honor social, de la riqueza y de los partidos políticos denominados en general conservadores, no llevaba al matutino a identificarse totalmente con ellos. Me fue necesario construir en el curso de la investigación una serie de explicaciones que dieran cuenta de las cambiantes relaciones del diario con esos actores sociales "altos" en las respectivas esferas consideradas. Este objetivo suponía proponer un conjunto de explicaciones necesariamente de carácter abstracto y a modo de grandes frescos globalizantes sobre cómo se transformaban las relaciones sociopolíticas argentinas a las que el diario se refería y que, por otra parte, constituían el escenario global en el que *La Nación*, en tanto actor específico, era "producido" por las relaciones que en él mantenía. "Productor" en tanto él operaba en esa dinámica de relaciones entre actores por la vía de sus intervenciones intelectuales, "producido" en la medida que las consecuencias de ese campo de relaciones modificaban sus ideas y sus percepciones, la estrategia analítica que adopté se propuso en todo momento no "cosificar" las ideas del diario. No había en su pensamiento ni invariancia "fundamentalista" ni, tampoco, pura

adaptación oportunista y situacional.[2] Por eso resultaba complicado ligar las dos esferas explicativas: una más interna y referida a la coherencia del pensamiento editorial y la otra que buscaba hacer inteligible en apretada síntesis conceptual las claves de la dinámica sociopolítica de los distintos subperíodos analizados. El nexo propuesto fueron una serie de imputaciones causales, del carácter que suele tener este tipo de asignación de inteligibilidad en los estudios de las condiciones más generales de funcionamiento de la sociedad y de la política. Las proposiciones probabilísticas, correspondientes a mi objeto de análisis, no podían, naturalmente tener sino un carácter abierto y no cabía, de ningún modo, agotar con ellas la complejidad del tema tratado. Así, una explicación relativamente abstracta en su enunciado, pero siempre basado en un firme fundamento empírico, acompañaba a modo de conclusiones parciales al desarrollo de cada una de las partes en que se exponía con toda la minuciosidad pertinente las ideas del diario sobre lo ocurrido en cada período.

El problema de la periodización surgió del análisis del pensamiento del diario y siguió sólo parcialmente al de las etapas institucionales argentinas correspondientes a la época tratada.[3]

[2] Un ejemplo por demás interesante es la posición adoptada por el diario durante la Revolución de 1930. El apoyo al golpe militar del general Uriburu no fue una respuesta coyuntural. *La Nación* comienza a elaborar la idea de un golpe de estado en 1921 trabajando la aceptabilidad de la intervención militar en la Argentina. Fue un largo proceso en el cual el pensamiento liberal-conservador tenía que operar contra sí mismo porque durante mucho tiempo había bregado por la profesionalización de los militares frente al riesgo de que éstos se acercaran al radicalismo. Para un político cualquiera, el paso del profesionalismo al golpismo puede ser una cuestión de "*real politic*", pero resultó muy interesante ver cómo tuvo que hacer ese paso un actor intelectual, como es el caso de la columna editorial del diario *La Nación*.

En realidad, yo no hubiese podido entender la posición adoptada por el diario en 1930 de no haber seguido toda la evolución del problema militar. ¿Cómo *La Nación* teniendo un pensamiento profundamente civil y apegado al democratismo, podía estar a favor del golpe militar con un discurso de defensa de las instituciones democráticas? La lectura minuciosa de los editoriales del período me permitió entender que la matriz de decodificación de la política de *La Nación* y de aquella época no era como podemos pensar nosotros hoy democracia o dictadura, sino democracia o demagogia, matriz que vuelve aceptable la caída de gobiernos "demagógicos" en favor del restablecimiento de la democracia.

[3] Cuando surgió la necesidad de realizar una periodización, a partir de algunas entrevistas, la lectura del diario y la lectura de las publicaciones especiales de *La Nación* que suelen aparecer cada 20 años contando su historia, llegué a la conclusión de que había un momento, en el cual, había nacido *La Nación* tal como yo la concebía: el año 1909. Pensé en partir de allí y buscar períodos que me permitieran encontrar

Comienzo en 1909, en razón de que es en ese momento que el matutino, fundado en 1870, decide, bajo la conducción de los herederos y nietos del general Mitre, tomar distancia de los partidos y asumir el rol de orientador de la clase dirigente en su conjunto. Desde allí en más establecí los períodos a partir del análisis de las maneras en que en los editoriales se exponía aquello que se pretendía narrar como explicación a sus lectores, a quienes siempre consideraba capaces de captar su razonamiento ya sea para emprender iniciativas en consecuencia o para componerse un cuadro de situación, o bien para reafirmar sus convicciones ideológicas o para modificarlas a la luz de nuevas realidades nacionales o mundiales. Al diario, como a muchos otros, no le resultó fácil en esos 80 años explicar qué ocurría. Si al primer período lo llamé "El tiempo de las certezas" fue porque entre 1909 y 1943 el matutino creía saber editorialmente cómo explicar lo que sucedía en el país. De allí en más, por momentos se replegó en la sorpresa, la indignación moral y la búsqueda de claves nuevas para pensar, eso ocurrió en los años del primer peronismo. Más tarde vivió en sus ideas el ciclo completo del desconcierto y la nostalgia, una época de ingobernabilidad en la que sus interlocutores privilegiados se fragmentaron en intereses corporativos y perdieron la capacidad no sólo de dirigir la sociedad consensualmente, sino de concertar mínimamente una estrategia de dominación compartida y asegurar un orden político estable aun cuando fuese de carácter autoritario. En esa dinámica los interlocutores preferenciales del diario entraron en crisis y esa situación repercutió sobre el pensamiento editorial haciéndolo más chato y con menos matices en comparación con el que había tenido en épocas de "certezas". Por momentos el diario hizo de su columna editorial una caja de resonancia de

coyunturas densas. Una de las estrategias que imaginé, y hacia la que me incliné en primera instancia, fue la de realizar los cortes considerando los cambios de gobierno, las elecciones y otras situaciones decisivas que me resultaran significativas para la vida política del país. Pero cuando trabajé con el texto me encontré que los editoriales no me permitían hacer esto porque había una continuidad de pensamiento que no se interrumpía en esos períodos que había establecido para el análisis. La continuidad de pensamiento y la coherencia pretendida por el diario hacía imposible saber en qué momento se había comenzado a elaborar una idea, lo cual me colocaba frente a la necesidad de buscar una nueva estrategia. La construcción de esas ideas no la iba a poder encontrar en las coyunturas densas, ni menos aún por algún sistema de muestreo. No había ninguna forma de seleccionar de este *corpus* algunos períodos o editoriales y comprender la evolución de esas ideas.

reclamos corporativos y perdió su antigua aspiración de actuar pedagógicamente sobre el comportamiento de actores con capacidad de desarrollar estrategias de alcance más universal. Los avatares de la Argentina con sus sistemas de acción corporativizados fueron uno, no el único, de los factores que probablemente llevaron a *La Nación* a perder el horizonte más amplio de sus análisis, en el que había aspirado instalarse en etapas mejores. Sin embargo, la idea del actor intelectual con vocación explicativa no desapareció en ningún momento y siguió nutriendo, digamos, el espíritu de la tribuna de doctrina.

En tanto investigación de carácter cualitativo el trabajo de interpretación corría el riesgo de verse malogrado por cuestiones que se escaparan a mi lectura inicial de los textos editoriales, imponiendo, sin quererlo, sesgos a esa primera recolección de información. Para tratar de neutralizar en la medida de lo posible ese riesgo, hice trabajar a tres asistentes de investigación que según suponía, tenían miradas espontáneas frente al diario *La Nación* y a la realidad argentina diferentes entre sí. Con esta, no sé si original, estrategia de control me aseguré que la lectura que había realizado no estuviera sesgada por mi óptica. Cabe señalar al respecto que un diario es un objeto de amor-odio muy singular, puesto que se opta por él todos los días, probablemente de una manera mecánica y, de una forma u otra, si somos lectores permanentes de sus páginas desde hace muchos años, es mi caso con *La Nación*, el vínculo no es neutro. Nada me impide reconocer que creo que es el mejor diario que se publica hoy en el país y que mis ideas son y fueron siempre muy distintas a las expresadas por su pensamiento editorial. La neutralidad valorativa de mi investigación sorprendió no sólo a algunos ideólogos de las más disímiles layas que pululan en los márgenes de campo de las ciencias sociales, sino también a especialistas que parecieron desconsolados al comprobar la fragilidad de sus ideas y prejuicios sobre la evolución del pensamiento del diario. Mis descubrimientos, si así se los puede denominar, no sólo contradicen muchas de las ideas recibidas al respecto, sino que pueden y deberían ayudar a revisar interpretaciones "consagradas" que en realidad son meros *slogans* sin ningún tipo de fundamentación empírica y que se justifican, quizás en parte, por la profunda y perjudicial politización que fue habitual en los estudios de este siglo, en el que pareció que muchos autores creyeron poder inocentemente compensar la falta de horas

de trabajo serio y sistemático, poniendo en su lugar la verbalización de un supuesto compromiso con la realidad o con el conflicto que estudiaban. Nuestro autoconocimiento en tanto sociedad perdió mucho con esa peculiar estrategia de pseudoconocimiento y las ciencias sociales no ganaron, tampoco, nada.

¿Cómo saber a quiénes se dirigen los editoriales de *La Nación*? En principio, la más superficial aproximación a los textos revela que para quien los redacta existe un lector imaginado que se encuentra en posiciones de poder y que debe o debería tomar decisiones cuyas consecuencias, se supone, serían importantes para la sociedad. Es decir, si *La Nación* cree hablar entre 1909 y 1943 con influencia y con intervención sobre la sociedad política en la Argentina, es en buena medida porque considera que sus interlocutores están ubicados en posiciones de poder estratégicas en cuanto a la toma de decisiones. En otros períodos, la desestructuración de la clase dominante fue dando como consecuencia que este diario, que se pretendía intelectual de esos sectores, fuera perdiendo interlocutores dejando muchas veces su discurso en el vacío. En algunos casos, el texto parece dirigido a alguna instancia bien precisa, casi personalmente acotada, y a él se dirige el mensaje. En otros, se habla en nombre del "buen sentido", de la "fuerza de las cosas", de los "imperativos de la hora", de la "tradición republicana", etcétera y la escritura revela un destinatario más difuso. Pero a mí no me interesaban los problemas de la recepción, sino el de la construcción de argumentación política, a veces de corte general y ético y otras de marcado interés coyuntural sobre alguna medida o decisión que deben tomar las autoridades. De allí que necesitaba reconstruir conceptualmente el sistema de relaciones políticas en el que operaba mi "productor-producido" para entender las características de su mensaje y las modulaciones o transformaciones que presentaban al mismo. Al colocar el foco de mi análisis en las ideas y posiciones de *La Nación*, si en el texto se hablaba como si el poder estatal en un momento o período dado estaba en crisis o prácticamente no existía, esa mirada me llevaba a hacerme preguntas sobre la situación de la autoridad estatal y de su relación con la sociedad. No se trataba de acordar una aceptación total a lo que el diario decía. La verificación empírica de sus posiciones no me interesaba en el sentido de decir si era verdadero o falso su diagnóstico. Pero como perspectiva conceptual en mi proceso de investigación consideré

que las argumentaciones eran los *síntomas* de una situación que podía verse desde muchas perspectivas de actores y que la del matutino era una de las más significativas. Por lo tanto, se trataba de objetivar esa *mirada-síntoma*, explicarla en el conjunto de las relaciones sociales en la que se realizaba, sin perder de vista que era una posición de un testigo comprometido, pero cuyo atractivo mayor era que se tomaba en serio el lugar socioprofesional de la reflexión sobre la accidentada vida política y social argentina. Allí radicaba el valor de su preocupación por la coherencia que revela cómo se toma en serio aquello sobre lo que expone.

En algún momento me pregunté sobre las razones por las que el diario *La Nación* despierta tanta animadversión y consecuentes prejuicios en ciertos ámbitos usualmente denominados "progresistas" de la sociedad y de la ciencias sociales. Probablemente la respuesta se encuentre en el hecho de que la opción que una persona hace al comprar cada mañana su diario tiene mucho de autoclasificación social, y la convicción de que hay diarios dedicados a cada sector social les suscita a muchos un rechazo de clase (media) contra aquellas publicaciones que se ubican más abajo de su nivel social (*Crónica, Diario Popular*) o más arriba (*La Nación*). El tema es atractivo y quizás alguna vez me proponga investigar al respecto. Pero volviendo a la cuestión de la animadversión hacia *La Nación*, mi problema no era abrir una indagación psicosocial sino uno mucho más práctico: cómo hacer verosímiles para un eventual lector que, aun sin compartirlos vive en esa atmósfera prejuiciosa aquellos hallazgos que contradecían sus íntimas convicciones, algunas de ellas arraigadas desde hace mucho y cual los ídolos del Teatro siguen operando en sus razonamientos, bloqueando conocimientos nuevos. Naturalmente, el problema es general cuando se marcha a contracorriente y creo que esto pasa casi siempre que se hace avanzar el conocimiento en ciencias sociales. Entendí que, en mi caso, la solución del "problema del lector" debía buscarse en una forma expositiva que sin aburrir en exceso reprodujera textualmente breves párrafos ejemplificando el modo de pensar del diario. La referencia empírica no era una serie estadística ni tampoco, un documento histórico decisivo e inapelable, sino un prolongado razonamiento cuya reproducción era imposible. En consecuencia, opté por un trabajo meticuloso de explicación de las ideas del diario sobre mis grandes temas, tratando de ejemplificar con algunas, el mínimo posible, citas

textuales que se articulaban perfectamente en el desarrollo del texto. Mi exposición de las ideas de *La Nación* se centró tanto en sus aspectos generales como en consideraciones sobre aquellas problemáticas específicas que resultaban más relevantes, aun cuando no necesariamente estas últimas remitieran a acontecimientos que luego fueron retenidos por las narraciones realizadas por los historiadores que se ocuparon de los distintos períodos. Leí los editoriales de *La Nación*, como si fuera un texto de un solo autor que reflexiona sobre la sociedad y sus problemas. En esa estructura se funde el pensamiento de muchas personas, cada una especializada en un tema y que no necesariamente comparte la ideología global de los editoriales; por eso no me interesaba detenerme en quién los escribía —si bien no son muchos los editoriales que han trascendido a su autor, sabemos que entre quienes prestaron su pluma se encuentran, por ejemplo, Leopoldo Lugones,[4] Alberto Gerchunoff, Roberto Giusti y José Luis Romero—. Pero quien estudia el pensamiento de un autor tiene las ventajas de hacer referencia a libros normalmente accesibles. Con *La Nación* la reconstrucción resultaba mucho más propia y personal ya que salvo en casos excepcionales la argumentación se desplegaba en varios editoriales, que a lo largo de un período relativamente prolongado trataban determinado tema. La comprensión del sentido o el trabajo hermenéutico no podía dejar de tener en cuenta los malentendidos o los saberes o de los que creían saber respecto a las ideas de *La Nación*, y si bien esos no podían ser mis interlocutores imaginados, tampoco cabía ignorar la "polución ideológica" que podía operar como obstáculo a la lectura de la

[4] Entre 1924 y 1926 Leopoldo Lugones escribía anónimamente los editoriales sobre economía e industrialización, y en el mismo diario presentaba artículos con su firma con contenidos fuertemente militaristas. Esto es, *La Nación* le pedía artículos sobre industrialización puesto que su pluma escribiendo sobre explotación de materias primas, por ejemplo, permitía hacer editoriales que sin firma eran asumidos por el diario, pero no sobre política nacional porque en ese momento, el diario apoyaba abiertamente al gobierno de Marcelo T. de Alvear.

La relación de Leopoldo Lugones con el diario es por demás interesante ya que fue tergiversada por todos. *La Nación* le sigue rindiendo homenaje cada febrero, cuando se recuerda su suicidio y tiene que olvidar que lo despidió en 1931 por el alto contenido fascista de sus artículos. Sin embargo, escritor y diario tuvieron una reconciliación casi poética: antes de suicidarse en el Tigre, Lugones estaba trabajando sobre la vida del general Roca y lo último que escribió allí fue el nombre interrumpido del diario. Eso, probablemente, tocó hondo a *La Nación* y para siempre.

investigación. Dicho de otro modo, no estaba dispuesto a escribir un "créase o no" sobre el pensamiento de *La Nación*, pero no cabía hacer como si no supiese la sorpresa que en muchos, o en no pocos, lectores podía despertar una investigación que contradecía creencias arraigadas. De allí que la estructura expositiva me requirió una labor suplementaria. Por ejemplo, cómo explicar la evolución de las ideas del matutino a favor del intervencionismo estatal en la economía desde la Primera Guerra Mundial, sus reclamos de intervención estatal en esa misma época para resolver problemas de los sectores populares, la buena acogida que dio en sus editoriales a las ideas del coronel Perón en 1943, su adhesión a las políticas del gobierno peronista en los años que precedieron inmediatamente a la llamada "Revolución libertadora", y así muchos otros temas...; allí estaban las meticulosas referencias a los editoriales con los que trabajé, pero la organización explicativa no se agotaba en la mera empiria, sino que suponía una articulación conceptual y temática que daba sentido a esas posiciones y a sus transformaciones. Estimo que es muchísimo más fácil investigar sobre otros temas. Pero elegí *La Nación* porque creí y sigo creyendo que bien valía el esfuerzo dada la importancia del tema que, por otra parte, fue una investigación que despertó mi interés por muchas cuestiones de sociología política y de sociología del conocimiento igualmente complicadas. Deseo concluir esta exposición señalando que recibí como satisfacción el hecho que, periódicamente, me contactan algunos investigadores jóvenes y otros que no lo son tanto quienes me comentan que descubrieron nuevos temas al leer *La Política mirada desde arriba*.

Nota

Desde el punto de vista de su objeto de análisis, la investigación comentada remite al campo de la sociología política y al de la sociología del conocimiento. Sin embargo, por el hecho de que las ideas estudiadas se encuentran expresadas por un soporte tan particular como es un diario, me formulé preguntas sobre el carácter de ese tipo de medio de comunicación. Al respecto, entre las bibliografías específicas cabe en primer término mencionar la clásica compilación de Berelson y Janowitz (1955). Como estudio de caso de la visión sobre un proceso histórico de un diario, el libro

del historiador inglés Denis Mack Smith (1978) sobre el *Corriere della Sera*. Sobre la dinámica comparada de dos grandes diarios, *Le Monde* y el *Washington Post*, cabe citar el trabajo de Padioleau (1985). Una aproximación global y didáctica para quien quiera abordar la relación entre diarios y política puede encontrarse en Borrat (1989). Sobre la cuestión del vínculo entre poder intelectual y medios de comunicación encontrará sugerentes ideas en Debray (1991). Me he limitado aquí a hacer sólo referencia a textos que acercan a la intersección entre la naturaleza de un diario en tanto soporte material y la difusión de ideas políticas. Para el resto, el lector interesado está invitado a consultar las dieciocho páginas de bibliografía sobre debates políticos argentinos y teoría sociológica que forman parte de mi libro *La política mirada desde arriba* (Sidicaro, 1993).

Bibliografía

Berelson B. y H. Janowitz, *Reader in Public Opinion and Communication*, Glencoe, The Free Press, 1955.

Borrat, H., *El periódico actor político*, Barcelona, Gustavo Gilli, Mass Media, 1989.

Debray, R., *Cours de médiologie générale*, Paris, Gallimard, 1911.

Mack Smith, D., *Storia di cento anni di vita italiana visti attraverso il Corriere della Sera*, Milán, Rizzoli Editore, 1978.

Padioleau, J. G., *"Le Monde" et le "Washington Post"*, Paris, PUF, 1985.

Pinedo, F., *En tiempos de la República*, Buenos Aires, Mundo Forense, 1946.

Sidicaro, R., *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación, 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.